

ducir. Las escuelas de arte se han sostenido siempre en el filo de la navaja. La razón es muy simple: cuando se enseña a imitar a los clásicos, no se trata de enseñar a plagiarles, sino de enseñar a imitarlos en la autonomía de su proceder. Ocurre aquí como en las matemáticas: no se imitan los descubrimientos matemáticos de los antiguos, los cuales proporcionan tan sólo un incentivo para desarrollar enteramente, de nuevo, cada teorema. Tampoco, moralmente hablando, se trata de imitar a los «santos ejemplares», más que en el sentido *de imitar su no imitación, su autonomía*. Ahora bien, la autonomía siempre introduce una declaración de este tipo: esto sería verdadero, o bueno, o bello, aunque yo no fuera yo. No se trata, así pues, de enseñarte a aparecer, sino de enseñarte a *desaparecer*. En general, lo que en el arte llamamos «estilo» es siempre una peculiar manera de amar. Una peculiar manera de rendirse ante la belleza. Hablamos demasiado fácilmente del estilo de los artistas. Con la misma insensatez podríamos ponernos a clasificar distintos estilos de amar o de ser amados. Pero no funciona: el amor no se agota en un clasificación de posturas sexuales. Y no es que venga mal todo eso: ni las clasificaciones artísticas, ni el muestrario del kamasutra. Pero sólo con tal de que no olvidemos nunca que ahí no estamos estudiando la forma de sumar que tienen los artistas o los amantes, sino su increíble habilidad para *restar* todo cuanto sea necesario para que el mundo resplandezca ante los ojos de los dioses, o, quizá, para que estos no tengan más remedio que morirse de envidia, por no ser capaces de conocer ese abismo. Los dioses no conocen la belleza. Son demasiado perfectos para admirarse ante ella. ¿Cómo van a admirar la belleza absurda de lo más contingente y gratuito, la belleza de lo más particular y arbitrario? No es posible imaginar a un dios asombrado ante una peca o un pie o un culo, ni siquiera ante una amapola o un avestruz. Sería tanto como un dios que de pronto cayera en la cuenta de que no existe.

DESCONOCIDA RAÍZ COMÚN

¿Qué buscan cuando se aman mutuamente? Buscan la belleza. Pues el amor es un deseo de disfrutar de la belleza. La belleza es un resplandor que atrae al espíritu humano.

Marsilio Ficino

Hemos desembocado en algunas conclusiones. Ante todo, que el amor tiene que ver con la belleza, que es en la belleza en donde ancla su misterioso metabolismo, y no en cosas tales como la admiración, el compromiso o la fidelidad. Desde el principio, hemos argumentado procurando partir de una experiencia que todo el mundo ha sentido alguna vez al hacer el amor. Y hemos acabado detenidos ante el *factum* de la belleza. También podríamos haber empezado por ahí, al modo en que lo hacen tantos catedráticos de estética y tantos expertos y críticos de arte. Pero la cosa no habría salido bien. El lector puede comprometerse a entender el misterio de que dos miradas se crucen enamoradas, pero es difícil hacerle enganchar con la complejidad del problema mediante una reflexión estética sobre las exposiciones temporales del Reina Sofía o las marrachadas que se exponen anualmente en la feria de arte Arco. Y sin embargo, es cierto que el tema es la belleza, de eso iba la cosa.

Hemos visto que los enamorados desafían la ley de la gravedad, desafían la ley suprema de la naturaleza, porque caen al revés que todas las cosas, hacia la materia y el principio de individuación, hacia el singular, el particular, el individuo. Practican un ejercicio, dijimos, *antiphysico*. Pero en esto consiste, precisamente, la esencia de la belleza: en encontrar entera satisfacción en algo singular, en un particular. La naturaleza no encuentra nunca esa satisfacción, consiste en huir de lo particular. Es la «ley de la gravedad» de todo lo *physico*. Y es que, en verdad, caer hacia lo particular es caer hacia una «legalidad sin ley», hacia una legalidad de aquello respecto a lo que no puede haber ley, en el horizonte de la más pura y desnuda contingencia. Esto es lo que nos hace exclamar ¡qué bello es! Nos detenemos ante un particular y decimos, sencillamente, «esto está bien». Pero no porque se esfuerce en cumplir con su universal o porque responda muy bien a él. En ese caso quizá hablaríamos de perfección, pero no de belleza (una mosca perfecta, por ejemplo). El sentimiento de belleza emerge cuando vemos un singular y sentimos que está bien *sin que responda a ninguna regla ni se asemeje a ningún universal*. Surge, en fin, cuando nos enamoramos de un particular, de un singular, de algo estrictamente individual. O si se quiere decir así, cuando vemos en lo más descarnadamente contingente y gratuito una misteriosa legalidad que no somos capaces de encasillar en ninguna ley. Comprendemos sin acertar a explicitar qué es lo que comprendemos. Vemos que todo está dicho, pero faltan las palabras.

Lo que sentimos entonces no es lo bien que esa cosa responde a un concepto, lo perfecta que es respecto a las normas y categorías que consideramos buenas. No, sentimos que algo está bien independientemente de todas las normas. Que está incuestionablemente bien y que para saberlo no tenemos que consultar ninguna receta científica, cultural, tribal o psicológica. Nos quedamos clavados y asombrados ante la belleza de lo particular.

El caso es que en este sentido es como si nos asomáramos a una especie de misteriosa raíz común de todo lo que consideramos importante en nuestras vidas. Podemos conocer y podemos actuar. Nos relacionamos con la verdad y con la justicia. Hay leyes universales que podemos conocer y leyes universales que orientan nuestra acciones. ¿Pero cómo podríamos hacer ni una cosa ni otra si no hubiera un punto de anclaje en la realidad, si el mundo mismo no nos hiciera el favor de clavar nuestra reflexión en algo que está bien, incuestionablemente bien, sin necesidad de esperar a nuestras químicas culturales, tribales o psicológicas? Los enamorados conocen este abismo. Esos ojos particulares e insustituibles están bien con independencia de cualquier elaboración cognoscitiva o moral, de cualquier industria social o histórica. Es por esta misteriosa «anterioridad» por la que hablamos de Belleza y no de Verdad o de Justicia. Por eso sabemos que este mundo, que está hecho de cosas singulares, estrictamente particulares, merece la pena. Sabemos que merece la pena conocer y que merece la pena actuar sobre él. La Belleza nos ancla en este mundo, nos deja clavados en él.

Puede que a estas alturas algunos lectores estén empezando a sentirse superados. Y no es extraño porque este es el tema sobre el que tanto discuten, y de forma normalmente tan incompresible, tantos y tantos catedráticos de estética. Entre la Verdad y la Justicia existe una «desconocida raíz común». En este mundo hay teorías que son más verdaderas que otras y hay leyes morales o jurídicas que son más justas que otras. Pero ¿cómo podríamos ni tan siquiera intentar trabajar por un orden teórico o un orden moral si la realidad misma no nos entregara un mínima pista? ¿Si no supiéramos que algunas cosas están incuestionablemente bien? Esto último no lo sabemos porque podamos llegar a demostrarlo, ni desde un punto de vista teórico ni desde un punto de vista práctico. Antes ya de que hayamos empezado a razonar en esos sentidos, ya sabemos que hay algo irrenunciable y que sin ello no

merecería la pena ni conocer ni legislar. Se trata, en efecto, de una raíz común de todo lo importante. Todo nuestro laborioso trabajar en lo universal, buscando legalidades teóricas y exigiendo legalidades prácticas, pivota sobre el hecho de que en este mundo descubrimos que hay cosas que están sencillamente bien, bien a secas y punto. Pero he aquí que son cosas singulares, particulares. Y sobre lo particular no hay ley. Al comienzo, no es que nos encontramos con algo verdadero o con algo justo. Nos encontramos con algo bello. Algo que sabemos que está bien tan sólo porque es bello, sin necesidad todavía de ser ni verdadero ni justo. Sin ese resorte capaz de anclarnos en el mundo, no habría ni el conocimiento ni la justicia tendrían ningún embrague para emprender su camino. ¿Para qué querríamos conocer lo que nos podemos sencillamente comer, como hacen los leones o los escarabajos? ¿Por qué habríamos de tener ansia alguna de justicia si en este mundo no existieran cosas que merecen ser defendidas a toda costa?

Las cosas de este mundo son singulares. Si defenderlas fuera un asunto de universales, ya se las arreglan por sí mismas. Incluso las moscas, como hemos visto, logran defender su universal con tantas idas y venidas, reproduciendo su especie. Y también las piedras se esfuerzan en caer al suelo como corresponde a su concepto. Sólo el enamorado se empeña en perseguir y proteger el particular en tanto que particular. Se enamora de un culo y ya no puede vivir sin eso. Esa es la desconocida raíz común incansablemente buscada por los catedráticos de estética en la *Crítica del juicio* de Kant. Un culo ya es suficiente raíz común, si estás enamorado (es más difícil de comprender, desde luego, si te empeñas en partir de las exposiciones temporales del Reina Sofía o en las *performances* de la feria de Arco). Te detienes ante un cosa singular y ves que ahí, donde no hay ley, hay, sin embargo, legalidad de sobra. Ahí donde todo es contingente y casual, una peca, un pelo, una gota de sudor, ahí está todo bien. No es el universal lo que está bien, es el particular lo que está perfectamente bien, tanto, que sin ello ya no merecería la pena estar vivo. ¿Podríamos vivir sin la *Venus de Milo*? Sin duda que sí. Pero ¿merecería la pena? ¿Le merece la pena al enamorado seguir viviendo sin su amada, sin su amado?

Este es el abismo: podemos enamorarnos de lo particular. ¿Pueden hacer eso los animales, los dioses o los ángeles? No es nada

seguro. Sólo los seres humanos somos capaces de toparnos con esa especie de *legalidad sin ley* que convierte a un particular en insustituible y en irrenunciable. ¿Por qué es el ente y no más bien la nada? Esta pregunta nos arroja al abismo del absurdo de la existencia. Pero no menos abismal resulta la experiencia de la belleza, la experiencia de que lo particular encierra más misterio e interés que lo universal. Lo más puro y descarnadamente empírico resulta ser así el embrague de todo trabajo teórico o práctico por lo universal. Pero no porque se inmole a su favor, sino porque exige ser el verdadero protagonista.

Podemos comprobarlo pensando un poco en lo que consideramos con tanta admiración el derecho. Nos ha costado mucho edificar esta casa de la legalidad en la que nos sentimos protegidos con arreglo a criterios racionales. Incluso los peores criminales saben que tienen en el derecho a su principal aliado, el que les protege de la venganza y del linchamiento, instaurando la presunción de inocencia y las garantías jurídicas. Pero si el derecho, que siempre dicta leyes universales (precisamente una «ley de caso» no puede ser una ley), centrara su atención en proteger universales, resultaría siempre sospechoso. El derecho no está edificado para proteger la raza aria y proteger así una supuesta mejor reproducción de la especie por encima de cualquier otra consideración. Todo lo contrario: el derecho está, también, *enamorado de lo particular*. Si centra su atención en algo es en que no hay nada por encima de los derechos individuales, incluso si se trata de los derechos de un asesino particular. Para proteger la presunción de inocencia de un supuesto criminal el derecho se compromete a encarcelar a todo un pueblo de linchadores. No es posible contarle mejor que lo explicó Fritz Lang en su película *Furia* (1936). Para el derecho, cualquier particular (incluso si es un asesino) tiene siempre más derechos que la turba mayoritaria que pretende juzgarle al margen de la ley.

¿Pero cómo podríamos enamorarnos, así, de lo particular si lo particular mismo no fuera capaz de hablar sin necesidad de esperar a todas nuestras consideraciones teóricas o morales? No esperamos a que el derecho o la ciencia nos diga qué es lo más importante defender o salvar. Eso lo sabemos ya antes de cualquier consideración. El derecho, por ejemplo, no puede decretar que cualquier niño merece ser salvado como cualquier otro sin tener en cuenta que cualquier padre o madre salvará antes que nada a

sus hijos antes que a los del vecino. En abstracto, esto puede parecer incluso injusto, parcial e interesado. Pero no lo es. Si los padres no valoraran a sus propios hijos por encima de cualquier otra cosa, considerándolos insustituibles y más valiosos incluso que su propia vida, no habría manera de comprender por qué hay que defender a los niños en general, con independencia de que sean propios o ajenos. Si la infancia es sagrada es porque los padres están tan enamorados de sus hijos que no les resulta difícil entender que a cualquier padre o madre le pasa lo mismo con los suyos. Uno puede dar su vida por salvar la vida del niño del cuartito, eso sin duda. Pero ningún padre daría la vida de su hijo por salvar la del niño del vecino. Si sabe que el niño del vecino es sagrado, es porque sabe que su hijo es insustituible. El derecho se hace cargo de ello. Muy distinto sería si la legislación vigente razonara que lo importante es preservar los derechos de la reproducción de la especie, de modo que no hubiera manera de preferir salvar a tu niño por encima del de los demás, o por ejemplo, que para elegir entre una cosa y otra hubiera que escudriñar en el código genético cuáles son los más aptos para cumplir su cometido universal, llamando «judíos», «gitanos» o «comunistas» a los menos adaptados. Pero no es así, el derecho siempre es «liberal» (no «neoliberal») porque sabe que su vocación más profunda va contra la ley de la naturaleza, poniendo siempre lo particular por encima de lo universal.

Pero, así pues, con anterioridad a toda legalidad instituida, ¿cómo reconocer lo que tiene que ser salvado o protegido a toda costa? Eso no nos lo dice el derecho ni tampoco la ciencia, nos lo dicen las cosas mismas. Cuando hablan por sí mismas al margen de todas las industrias y metabolismos tribales, culturales o psíquicos. Miras a un niño y sabes que eso es más importante que tú, más importante que la especie humana en su conjunto. Lo mismo que pasa con una puesta de sol o con un amanecer¹⁶. Cualquier

¹⁶ Hay un escritor, Ángel Zapata, que en su muro de Facebook [<https://www.facebook.com/angel.zapata.5>] lleva años y años haciendo recuento de todas las cosas que hay en este mundo sin las cuales él no querría vivir. A veces se trata de una viñeta de cómic del Guerrero del Antifaz, a veces es una foto del monstruo de Frankenstein, a veces es un elefante o un avestruz. No merece la pena vivir en un mundo sin elefantes. Quizá no pasaría nada si nunca hubieran existido esos increíbles gigantes. Pero una vez que están aquí, no es posible imaginar una vida sin ellos que pueda merecer la pena.

padre o cualquier madre sacrificaría el universo con tal de que su hijo siguiera viviendo. Porque no está muy claro que el universo esté bien, ni siquiera bastante bien, pero que un niño esté bien es algo imposible de poner en duda. Es una certeza, un «pienso, luego existo» que no admite réplica y que exige ser el pilar sobre el que levantar todo lo demás. Quizá, viendo cómo van las cosas, habría sido mejor que nada existiera, o que un meteorito acabara para siempre con esta broma macabra. Pero no con este niño, ni con cualquier otro. Igual que hay cosas que son intolerables por que claman al cielo, hay cosas que están bien en todos los sentidos y que no se pueden poner en duda. De esas cosas no podemos decir que sean justas o que sean verdaderas. Sólo podemos decir que son *bellas*. No es que ese niño de dos años que se empeña en meter los dedos en el enchufe sea justo o verdadero. Pero es indudable que su belleza vale más que todas las palabras del mundo.

Esa es la famosa «raíz común» sobre la que tantos textos incompresibles se han escrito. No es un dios en el que las cosas son como deben ser. No es una impresionante plenitud. Es un singular del que es imposible no enamorarse. Un singular que se impone como una brújula de todo cuanto deseamos salvar y conocer.

En cierto sentido, para el idealismo filosófico se trata de una cierta desilusión. En el fondo del sistema en el que se cruzan lo teórico y lo práctico no encontramos a dios. No encontramos un trasfondo en el que «lo mismo es el pensar y el ser». Encontramos un trozo de carne irrenunciable e insustituible. Encontramos un particular totalmente singular que vale más que todos los universales. De pronto aparecen estrellas. Pero no porque agoten su especie como los ángeles, que no tienen materia. Encontramos individuos que son como el motor inmóvil. Que no necesitan moverse en círculo para ser astros, porque aunque se agiten todo el rato, no lo hacen como las moscas, sino como lo harían los astros si esto les fuera posible. Es fácil tener esa experiencia mirando a cualquier bebé a los ojos. Y lo increíble es que podamos hacer el mismo descubrimiento en un adulto, cuando cruzamos la mirada entre enamorados. De pronto, ves una estrella que no se mueve en círculo, un astro al que puedes besar, morder o acariciar, porque no es un universal, sino un tozudo pedazo de carne particular y absurdamente contingente. Esto es lo más pavoroso. En el fondo de todo, en los abismos metafísicos de la raíz de todas las cosas, no encontramos la completitud de un dios, sino la contingencia más descar-

nada. La «desconocida raíz común» no es un principio en el que ser y pensar se dan la mano para ser la misma cosa. Puede ser una mirada o un culo. En el trasfondo de todos los fondos no hay más que un *sentimiento* al que llamamos amor. Y una extraña cualidad a la que llamamos belleza.

Desde luego, no es muy posible resumirlo mejor que ya lo hizo Chesterton en un famoso texto que ya hemos citado a menudo. Recordemos a qué se refiere. Algunos médicos y algunos políticos han argumentado, nos dice, que los niños pobres conviene que lleven el pelo corto, pues como viven en ambientes apestosos y sofocantes, llevar el pelo largo equivale a tener piojos. «En consecuencia, los médicos sugieren suprimir el pelo. No parece haberseles ocurrido suprimir los piojos. Cuando una tiranía libertina pisotea a los hombres en el polvo hasta que se les ensucia el pelo, el camino de la ciencia queda expedito. Sería largo y laborioso cortar las cabezas de los tiranos; es más fácil cortar el pelo de los esclavos. Esta gente nunca parece darse cuenta de que la lección de los piojos en los suburbios es que lo que está mal son los suburbios, no los piojos.» La indignación de Chesterton, supuestamente un pensador tan conservador, adquiere entonces un tono revolucionario: «sólo por medio de instituciones eternas como el pelo podemos someter a prueba instituciones pasajeras como los imperios. Si una casa está construida de manera que al entrar te arranca la cabeza, es que está mal construida». Es lo que estamos diciendo; ¿tendríamos algún motivo para actuar políticamente o tendríamos siquiera algo que mereciera la pena pensar si no estuviéramos anclados en este mundo mediante cosas que consideramos irrenunciables? «Instituciones eternas», como el pelo de una rapaza que juega en un suburbio. Si no hubiera belleza en el mundo, ¿sería muy interesante intentar conocerlo o intentar cambiarlo? ¿Habría alguna brújula para la razón teórica o la razón práctica? ¿Sabríamos hacia dónde cambiarlo todo si no hubiera ciertas cosas que deseamos conservar a cualquier precio? «La plebe», nos dice Chesterton con toda la razón, «no puede rebelarse si no es conservadora, al menos lo suficiente para haber conservado alguna razón para rebelarse».

Empiezo con el cabello de una niña. Sé que eso al menos es algo bueno. Sea el mal lo que sea, el orgullo de una madre buena en la belleza de su hija es algo bueno. Es una de esas ternuras ada-

mantinas que son la piedra de toque de toda época y raza. Si hay otras cosas en contra, esas cosas deben desaparecer. Si los arrendadores y las leyes y las ciencias están en su contra, arrendadores y leyes y ciencias deben desaparecer. Con el pelo rojo de una rapazuela traviesa de las cloacas prenderé fuego a toda la civilización moderna. Cuando una niña quiere llevar el pelo largo, tiene que tenerlo limpio; como tiene que tenerlo limpio, no tendrá que tener una casa sucia; como no tiene que tener una casa sucia, tendrá una madre libre y llena de tiempo; como tiene que tener una madre libre, no tendrá que tener un arrendatario que es un usurero; como no tendrá que existir un arrendatario que es un usurero, tendrá que haber una redistribución de la propiedad; como tendrá que haber una redistribución de la propiedad, habrá una revolución. La pequeña golfilla de pelo rojo dorado, a la que acabo de ver pasar junto a mi casa, no debe ser afeitada, ni lisiada, ni alterada; su pelo no debe ser cortado como el de un convicto; todos los reinos de la tierra deben ser destrozados y mutilados para servirla a ella. Su madre puede mandarle que se haga un moño con su pelo, porque la suya es una autoridad natural; pero el Dueño del mundo no le mandará que se lo corte. Esa niña es la imagen humana y sagrada; alrededor de ella todo el edificio social se tambaleará y se romperá y se caerá; los pilares de la sociedad serán sacudidos con estrépito, y los tejados de las edades pasadas se vendrán abajo; pero no habrá de dañarse ni un sólo cabello de su cabeza¹⁷.

Encontramos en el mundo algunas cosas que están inequívocamente bien, aunque no sepamos muy bien por qué. Decimos entonces que son bellas. Y eso orienta a la razón y la libertad. Si hay algo que seguro que está bien, es un crimen no hacer todo lo posible para remover en este mundo todos los obstáculos que le impidan desarrollarse a sus anchas. Este sí que es nuestro compromiso con lo que a veces se llama Progreso. Cuando encontramos un singular cuya existencia se justifica por sí sola, ¿cómo no procurar dejarle libre el camino? La belleza siempre es capaz de progreso. También lo decía Chesterton con irrefutable precisión: no le regalamos unos pendientes a nuestra niña porque pensamos que sin ellos estaría fea. Lo hacemos porque es preciosa y merece llevarlos,

¹⁷ G. K. Chesterton, *Lo que está mal en el mundo* (citado en *El amor o la fuerza del sino*, Madrid, Rialp, [1910] 1994, p. 158).

para estar más preciosa todavía. La alegría llama a la alegría, se ama más cuanto más se ama¹⁸.

Por eso, el amante enamorado quiere siempre dejar vía libre al amado y estaría dispuesto a remover todos los obstáculos de este mundo que entorpecen su camino. En este sentido ni siquiera es precisa la reciprocidad, una exigencia que también es sospechosa-mente reciente. El amor en Grecia se pensaba, sobre todo, como amor a los muchachos. Y lógicamente, no se les exigía reciprocidad. Bastaba con que aceptaran ser amados. Así encontramos el tema en Platón y en tantos pensadores de la Antigüedad. Foucault, en su *Historia de la sexualidad*, ha dado buena cuenta de ello.

AMOR Y ALEGRÍA

¡Sí! ¡sí! he sido recompensado de antemano, he vivido.
Un dios es capaz de soportar mayor alegría, pero yo no.

Friedrich Hölderlin

Lo bello nos prepara para amar algo, incluso la naturaleza, sin interés; lo sublime, a tenerlo en alta estima incluso contra nuestro interés (sensible).

Immanuel Kant

Si amo realmente a una persona, amo a todas las personas, amo al mundo, amo la vida.

Erich Fromm

Ya vemos, pues, en qué consiste el amor. Puede que no parezca gran cosa decir que es lo que les ocurre a los enamorados. Algo que es muy misterioso y profundo, algo enteramente contranatural, en el sentido de que atenta contra la ley de la Gravedad. Los enamorados caen, como si se precipitaran en un abismo, hacia lo particular, lo individual, lo singular, caen hacia la materia. Y es algo digno del mayor asombro, porque es como si encontrasen a dios en lo

¹⁸ Así suele citar a Aristóteles la catedrática de filosofía griega, Teresa Oñate, de la que tanto hemos aprendido.